

JESÚS RUIZ MOLINA



Nace en La Cueva de Roa (Burgos) en 1959. Estudia en el Seminario diocesano de Burgos y al terminar los estudios de Teología ingresa en la Congregación de los Misioneros Combonianos donde estudia tres años más de formación en Granada y Valencia. Hace la Licenciatura en Pastoral en París.

Fue ordenado sacerdote en Miranda de Ebro (Burgos) en 1987 y al año siguiente es destinado a África a una misión comboniana en Chad donde estuvo trabajando durante 15 años, primero en un trabajo de pastoral rural en Bedjondo y luego como superior provincial de los combonianos en ese país. Gracias al trabajo que desempeñó ha visitado y conocido quince países de África.

En España trabajó durante 6 años en Granada dedicándose a la formación de jóvenes candidatos misioneros y como acompañante del movimiento de los Laicos Misioneros Combonianos.

Desde marzo del 2009, está en Mongoumba, una localidad de selva en la República Centroafricana que hace frontera con el Congo Democrático y el Congo Brazzaville. Allí hay una población importante de pigmeos con los que trabaja dignificando su vida.

"...sigo convencido que nuestra misión conlleva seguir luchando por la justicia aunque nos demos de bruces contra un muro...; la paz vendrá cuando haya justicia".

LOS PIGMEOS

un pueblo sometido a esclavitud

Jesús Ruiz Molina. Misionero Comboniano. República Centroafricana.

Vivo en la localidad de Mongoumba, al sur de Centroáfrica, haciendo frontera con el Congo Democrático y el Congo Brazzaville. Es la cuenca del Congo, el segundo pulmón del planeta Tierra. Mi parroquia tiene unas treinta poblaciones con 30.000 habitantes, de los cuales unos 4.000 pertenecen a la etnia pigmea-Aka.

Los pigmeos, en otro tiempos nómadas, dedicados a la caza, la pesca y la recolección se les ve hoy deambulando por las inmediaciones de esta región de selva horadada por una explotación irracional de las madereras. Se les distingue a primera vista. Los pigmeos, son los primeros pobladores del continente africano hace más de 70.000 años, por ello la Declaración de las Naciones Unidas de 2007 les dio el nombre de "autóctonos" en vez del peyorativo "pigmeo" (que quiere decir de pequeña talla).

"Al principio de la creación, un día Dios comenzó a esculpir un árbol hasta que fue saliendo de su interior el hombre al cual, Dios, le confió toda la selva con sus animales y plantas, con sus secretos y sus espíritus..." "Jengui", el espíritu de la selva los protege, los guía, les da fortaleza y vida... Pero, luego vino el hombre blanco con sus máquinas de destrucción e invadieron toda la selva y "Jengui", el espíritu de la vida, está amenazado y por eso se esconde y huye. Así huye también el pueblo Aka.

El pueblo pigmeo es poseedor de una cultura milenaria donde la música vocal polifónica caracterizada por una improvisación comunal de denso contrapunto es única en el mundo. Desgraciadamente sus danzas y sus cantos se han convertido en puro folklore para lucrar a algunos potentados de estos países.

Hace unos meses, cuando estábamos tratando sanitariamente a la población pigmea para erradicar la enfermedad del PIAN, en los campamentos pigmeos fuimos interpelados por una alta autoridad militar que



nos amenazó preguntándonos: “¿Han pedido permiso a sus propietarios para tratar sanitariamente a esta gente?”, como si los pigmeos fueran propiedad, y en realidad lo son, de los potentados bantúes. Muchas familias bantúes poseen familias pigmeas que trabajan para ellos sin ningún derecho desde hace lustros.

¿Cuántos son? Difícil de saber pues no hay censos fiables, pero la estimación de los expertos oscila entre 300.000 y 500.000 en toda el África Central, divididos en una multitud de etnias diferentes.

Se trata de un pueblo explotado y amenazado de extinción. La deforestación salvaje les ha expulsado de su hábitat natural, la selva, donde ellos vivían en completa armonía sabedores de todos sus secretos; ahora están obligados a cohabitar con la raza predominante bantú que los desprecia y los considera como seres inferiores o no personas. Un día de trabajo agrícola es pagado con un cigarrillo o un bocado de comida, una noche entera danzando sin parar para animar las plazas fúnebres es recompensada con una botella de “ngbako”, orujo mal destinado. Los castigos corporales están a la orden del día. Hace unos meses nos trajeron un hombre que tenía las piernas destrozadas pues un árbol cayó sobre él durante la tormenta... Fuimos al hospital, pero nadie se inmutó... Corrimos 130 km hasta la capital y en el hospital no querían atenderle pues era pigmeo... Sólo nuestra ira y la promesa de que pagaríamos conseguimos que le amputaran las piernas y que pudiera seguir vivo. Y es que en el imaginario colectivo se les considera no-personas, de la familia, de los animales, por ello habitan en la selva.

El pueblo pigmeo es un pueblo esclavo que corre el riesgo de desaparecer: la opresión degradante, las condiciones de miseria en las que viven, los mitos arraigados donde el hacer sexo con una mujer pigmea cura la enfermedad del SIDA, y el alcohol... está convirtiendo a este pueblo en un pueblo sin futuro, como en otra época lo fueron los “indios” de América. El alcohol es la única escapatoria frente a una condición de vida sin sentido y demasiado dura.

Llama la atención la sumisión del pueblo pigmeo; su falta de reacción. Un día se acercó a la misión una familia que venía al hospital. “¿De dónde venís?”, les pregunté; “De Motomato, patrón” me contestó el papá bajando los ojos a tierra. “Yo no soy patrón, soy el padre de la misión” le dije en tono amigo, “sí, patrón...”. Después de un largo rato haciendo amistad se despidieron, “Gracias, patrón... gracias, patrón...”.

Es en esta situación, nos hemos planteado cómo estar al lado de este pueblo, cómo ser portadores de vida para este pueblo esclavo. Hace dos años participé en el FIPAC (Foro Internacional de Pueblos Autóctonos) que se celebró en el Congo Brazzaville. El hecho de ver un nutrido grupo de pigmeos de otros países tomar la palabra y reivindicar su propio desarrollo, el verlos organizados, el poder hablar con un pigmeo que es diputado en el Congo, otro ingeniero y hasta un licenciado en ciencias sociales... me iluminó el espíritu para pensar que “otro mundo es posible para el pueblo pigmeo-Aka” con el que vivo. Desgraciadamente ya no hay vuelta atrás hacia ese mundo idílico donde vivieron antaño; hoy están condenados a sobrevivir en un mundo competitivo con las otras etnias y todos sabemos que solo los fuertes sobreviven. En la misión tenemos una estrategia con cuatro vías para que estos autóctonos pigmeos puedan obtener algunos instrumentos de defensa y seguir viviendo desde lo que ellos son:

◆ **El acceso a la sanidad.** Al no tener piezas de identidad, ni dinero, muchas veces están excluidos del ámbito sanitario. Falta de apoyo estatal, la Misión acompaña a esta población para integrarla en la salud pública y muchas veces corre con todos los gastos de medicamentos.



◆ **La escolarización.** Tenemos 6 escuelas de integración de niños pigmeos. Es un mundo difícil para los pequeños pero solo la escuela puede darles los instrumentos para que puedan un día defenderse. Tenemos 325 niños escolarizados. Este año tenemos un internado con veinte niños que vienen de campamentos lejanos; André está ya en el segundo año del liceo de Mbaiki... Es una gota de agua en el océano,

UNA MIRADA AL...

pero intentamos transmitirles el orgullo de ser lo que son, de la etnia Aka; para ello tenemos un método escolar especial (ORA: observa, reflexiona, actúa), en la actualidad tenemos cuatro maestros de su propia etnia, visten un uniforme común que les da dignidad e igualdad junto a los otros niños bantús con los cuales cantan el himno nacional que les da la pertenencia a un país; estamos trabajando para que puedan tener acta de nacimiento y acceder a la ciudadanía y tener voto... Obligados a cohabitar, nuestro deseo es ayudarles a integrar, arrancar barreras. Un mito extendido dice que el pigmeo solo tiene el 40% del coeficiente intelectual de un hombre, pero en nuestras escuelas mixtas, muchas veces este mito se cae pues los pigmeos son claramente los más inteligentes y los primeros de la clase. Lástima que, el desprecio de los bantús, la segregación familiar, el hambre y la miseria, empuje muchas veces a estos niños a desertar la escuela para adentrarse en su hábitat la selva donde aún se sienten libres.

El pueblo pigmeo no está familiarizado con el dinero, vive del trueque. En la escuela intentamos que ellos aporten lo que puedan, no darles todo gratuito sino hacerles protagonistas de la educación de sus hijos.

♦ **La justicia.** Con la Comisión parroquial de Justicia y Paz estamos trabajando con la población Bantú y Aka para hacerles ver los derechos y deberes de estos últimos. Denunciamos ciertas agresiones físicas o aquellos que los explotan, sobre todo a los niños, con trabajos de esclavos. Estamos amenazando con denunciar a esas mujeres comerciantes que se llevan a los niños de nuestras escuelas para que recojan los productos de la selva para venderlos. La escuela es un derecho de todo niño.

♦ **Evangelización.** Desgraciadamente el pueblo pigmeo tampoco está incluido en nuestras estructuras eclesiales. No se sienten dignos... se quedan fuera de nuestras capillas. Junto a los programas de defensa y desarrollo humano queremos proponerles la alegría de ser hijos de Dios, amados, queridos... Queremos presentarles también a Jesús de Nazaret y su propuesta para que ellos "tengan vida y una vida en abundancia".

Es duro ver a un pueblo sometido a la esclavitud, por eso seguimos en la brecha con aciertos y errores, avanzamos con cierto temor, pero esperamos y creemos que en el proyecto amoroso de Dios "otro mundo es posible para el pueblo pigmeo-aka".

LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS

